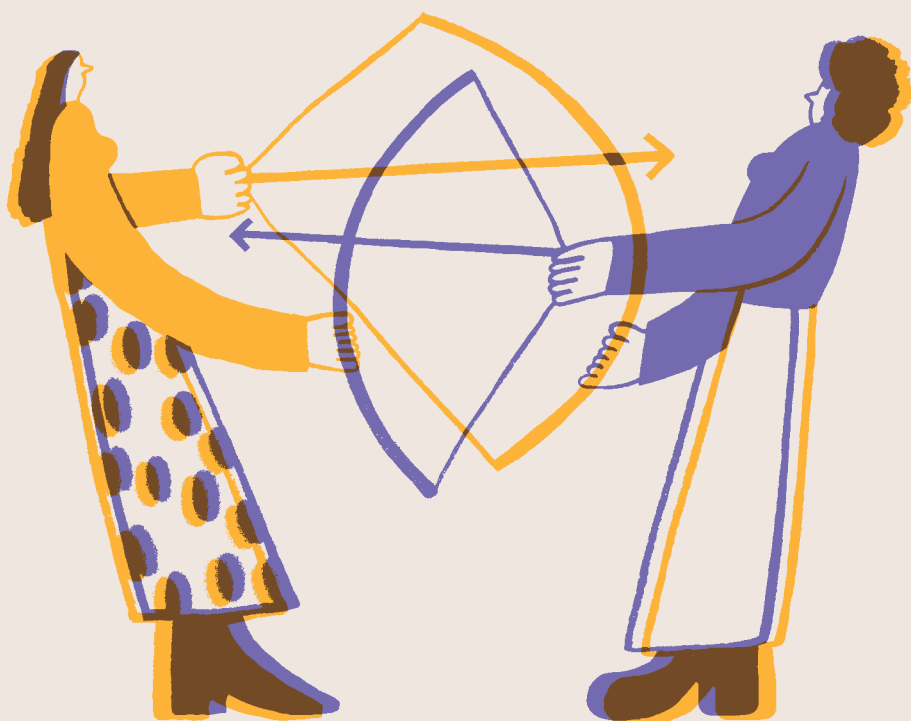


Por las autoras de *El síndrome de la impostora*
Élisabeth Cadoche · Anne de Montarlot

LA RIVALIDAD FEMENINA

Y CÓMO ACABAR CON ELLA



La rivalidad femenina
y cómo acabar con ella

Élisabeth Cadoche

Anne de Montarlot

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

Título original: *En finir avec la rivalité féminine*

© Editions Les Arènes, Paris, 2022

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: marzo de 2023

© de la traducción del francés, María Eugenia Santa Coloma Costea, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

MARÍA GARCÍA - fotocomposición
Depósito legal: B. 3.474-2023
ISBN: 978-84-1100-143-4



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. EL INFIERNO SON LAS OTRAS... MUJERES	11
I. SITUACIÓN ACTUAL DE LA RIVALIDAD	15
Envidia y celos, ¿pasiones tristes?	18
La rivalidad es natural	19
Rivalidad masculina versus rivalidad femenina	20
Las mujeres, ¿más discriminatorias todavía que los hombres?	22
Acabar con la negación	24
¿Hay mujeres misóginas?	25
Juego, set y enfrentamiento	32
La rivalidad en la pantalla y más allá	33
La belleza, terreno abonado para la rivalidad	36
¿Qué es la <i>male gaze</i> ?	41
Rivalidad entre feministas, ¿de verdad?	44

Cuando la rivalidad se convierte en violencia y odio	46
Bajo el mismo techo	52
2. DE DÓNDE PROVIENE LA RIVALIDAD	
ENTRE LAS MUJERES	55
La explicación histórica	56
La explicación biológica	67
La explicación psicológica	76
La explicación sociológica	83
3. LA RIVALIDAD INTRAFAMILIAR	97
Entre hermanas	97
Las madres y sus hijas	118
Madrastras y suegras	134
4. RIVALIDAD Y AMISTAD	145
Historia de la amistad femenina	147
Cuando la relación con la madre influye en nuestra visión de la amistad	156
Amistades femeninas versus amistades masculinas	159
La agresividad, lo que la mujer no dice	164
Celos por falta de confianza en una misma	174
5. LAS MUJERES EN LA EMPRESA	183
Una rivalidad inevitable	185
Un mimetismo nocivo	187
Abundancia y escasez	189

Ser la abeja reina	191
Prohibida la rabia	195
Dolor de madre	203
La incomprensión	208
Las garantes de la tradición	211
El caso particular de la política	212
¿Más solidaridad en las minorías?	216
World Wi(l)de Web	218
6. SOLIDARIDAD Y SORORIDAD	223
Identificar nuestras imperfecciones y olvidarlas	223
Solidaridades inspiradoras	225
Sororidad	229
#MeToo	233
Asumir el éxito	236
El juego de los hombres	239
Escasez y abundancia	240
La ley de Jante	244
Pandillas de chicas	247
La moda de las redes	248
Una palabra intachable	254
El tiempo de las hermanas	257
PARA CONCLUIR, ALGUNOS CONSEJOS PARA ACABAR CON LA RIVALIDAD FEMENINA	259
La sororidad en la intimidad	260
La sororidad en el trabajo	261
Agradecimientos	265
Notas	267

1

SITUACIÓN ACTUAL DE LA RIVALIDAD

Me ayuda a reconciliarme con ser mujer el hecho
de que no corro peligro de casarme con ninguna.

LADY MONTAGU,
escritora británica (1689-1762)

La rivalidad entre dos mujeres ha alimentado la prensa internacional durante mucho tiempo. Kate y Meghan, duquesa de Cambridge y duquesa de Sussex, respectivamente, han estado bajo la lupa de los periodistas que se han hecho eco de su relación, han escrutado la más mínima mirada, han analizado la más mínima palabra y han criticado el más mínimo gesto. Tanto es así que han logrado dividir la opinión en dos bandos: los pro-Kate y los pro-Meghan. Como si su rivalidad fuera inevitable, como si no pudiesen encontrar cada una su lugar dentro de la realeza. El «Megxit» ha acabado dando la razón a las malas lenguas y ha confirmado la rivalidad entre ambas mujeres. Daniela Elser, periodista especializada en la familia real, afirma que esto se debe a que han tenido trayectorias

muy diferentes y a que Kate se puede haber sentido «intimidada» por la carrera de Meghan, por su estatus de mujer libre. Pero ¿justifica eso la rivalidad? Objetivamente, ¿por qué se sienten amenazadas la una por la otra?

Por desgracia, la objetividad no tiene cabida en estas disputas femeninas porque, muy a menudo, razonamos con nuestras emociones y acabamos identificándonos con una u otra protagonista.

La rivalidad nos fascina, nos repugna o nos atrae. Conecta con nuestra parte más instintiva y nos puede poner en un estado de amenaza. Todas nos hemos cruzado con una mujer más guapa, más joven, más divertida o con más talento y esos atributos nos han resultado tan insoportables que nos han inoculado el veneno de los celos. A veces, incluso hemos sentido el impulso de menospreciarla. Ya se trate de una amiga, una madre, una suegra, una compañera de trabajo o una hermana, cada una de nosotras, en algún momento, ha sufrido en carne propia el encuentro desconcertante y molesto que puede representar una rival.

La «lucha» entre las dos duquesas caricaturiza, a mayor escala, lo que podemos sentir en secreto pero que no admitiremos jamás por miedo a ser juzgadas. Tanto si se han tenido celos como si se ha sentido un cierto placer ante la idea de denigrar a una rival, esta representación teatral mundialmente conocida nos pone delante del espejo y no puede dejarnos indiferentes. La obra es irresistible. Solo podemos sentarnos y asistir a estos juegos circenses.

Sin embargo, esta rivalidad se ha creado de la nada a partir de interpretaciones subjetivas de expertos de la

realiza que han analizado el supuesto comportamiento de diva de la una o cierta demostración de frialdad de la otra. El relato se ha vuelto más crudo con cada nueva publicación, alimentado por las comparaciones sobre su forma de vestir, su estatura, la forma en la que se ríen, y la forma en la que lloran; todo esto en una narrativa que alterna lealtad y traición, venganza y celos. Las protagonistas de este folletín se han convertido en las gallinas de los huevos de oro para la prensa, que hace apuestas sobre la ganadora. Estamos en medio de un psicodrama: ¿quién ganará, Kate o Meghan? Estamos, sobre todo, en medio de un estereotipo que alimenta comportamientos que circunscriben a las mujeres a un patio de recreo.

Que Kate y Meghan no han entablado una amistad espontánea, de acuerdo. Pero que la prensa se ha dado prisa en enemistarlas, también. Las mujeres que congenian no hacen correr ríos de tinta ni hacen vender más revistas del corazón. Pero ¿por qué nosotras, espectadoras y lectoras, compramos estas publicaciones, nos enganamos a esta historia y elegimos un bando, aunque sea imaginario?

Las princesas/duquesas que compiten entre ellas nos recuerdan, entre la fantasía y la ficción, a los cuentos de hadas de nuestra infancia, donde una buena persona y una mala se enfrentaban; en este cuento, una rosa inglesa con tez de porcelana se enfrenta a una estadounidense divorciada e independiente. Esta relación abocada al fracaso ilustra los viejos patrones de las mujeres a la hora de vincularse entre ellas y perpetúa hasta la saciedad la idea de la comparación. El enemigo es necesariamente la otra mujer. Si se hubieran unido y ayudado, ¿se

habrían vuelto aburridas? Nos encantan los cuentos de hadas, los finales felices y los «tirones de pelo». ¿Cómo podemos resolver esta ambivalencia?

ENVIDIA Y CELOS, ¿PASIONES TRISTES?

Los celos y la envidia son dos emociones que todos y todas hemos sentido alguna que otra vez. A menudo se confunden, pero, según la psicología:

- la envidia se manifiesta cuando deseas lo que posee otra persona (en la tradición cristiana es, además, uno de los siete pecados capitales enunciados por Santo Tomás de Aquino);
- los celos surgen cuando crees que te quitan algo o a alguien importante (un juguete, una tarea, una persona amada).

En ocasiones, estas dos emociones pueden darse a la vez, lo que hace aún más difícil distinguirlas; podemos sentir celos por una persona que amenaza con «arrebatarlos» a una pareja o un cargo y, al mismo tiempo, envidiar sus cualidades de las que, en nuestra opinión, nosotros carecemos. Si creemos al filósofo y matemático británico Bertrand Russell, la envidia es una causa de la desdicha moral y puede llevar a los celos.

La envidia moderada puede ser un motor; envidiamos al otro porque nos comparamos con él o ella, y lo consideramos «mejor» que nosotros. Al hacerlo, podemos imitarlo y llegar a ser como él o ella. En este caso,

la envidia es un proceso positivo, un motor que se convierte en sinónimo de deseo.

La envidia puede, por lo tanto, conducir a una competitividad fructífera, aunque también a la rivalidad. Si la vemos como un reto, ya sea deportivo o profesional, fomenta la competencia, la autosuperación. Sin embargo, se vuelve dañina y destructiva cuando se mezcla con los celos o cuando nos genera una insatisfacción permanente. Porque la comparación, que entra en juego en la envidia, como veremos más adelante, puede convertirse, a dosis altas, en un auténtico veneno.

LA RIVALIDAD ES NATURAL

La biología nos explica que la rivalidad es uno de los factores intrínsecos de los seres vivos. Los animales compiten desde que nacen para acceder a los cuidados maternos, y más adelante para acceder al territorio, a la reproducción y a los recursos. La rivalidad ayuda a la supervivencia y a la reproducción e influye en la selección natural. Los seres humanos, al ser también animales sociales, estamos sometidos a los mismos procesos: competimos por la atención de los padres y, después, por el acceso al agua y a los alimentos, al poder, etcétera. Así pues, es normal que esta dinámica que nos ha conformado siga actuando en nuestra relación con los demás.

En economía, la rivalidad se produce cuando se pelea por un mismo mercado, y se conoce más comúnmente como competencia. En el deporte, la rivalidad se convierte en competencia y se le suele añadir el adjetivo «sana».

«Sana» porque empuja a los deportistas a superarse, a crecerse, a canalizar la energía e incluso la violencia.

¿Por qué la situación es distinta cuando la rivalidad se produce entre mujeres? ¿En qué se diferencia de la rivalidad entre hombres?

RIVALIDAD MASCULINA VERSUS RIVALIDAD FEMENINA

La rivalidad entre los hombres se acepta, incluso se valora; ¡que gane el mejor! La sociedad griega arcaica siempre honró el modelo de la lucha, del enfrentamiento entre dos héroes; Aquiles y Héctor luchan sin piedad en la *Ilíada* ¡y aplaudimos ante tanta excelencia y valentía! ¿Acaso no fue el detonante de la guerra de Troya la rivalidad entre dos varones que cortejaban a la misma mujer, Helena, esposa del rey griego Menelao, raptada por Paris, príncipe de Troya? En la mitología, incluso los dioses luchan entre ellos: los titanes, los primeros dioses, se enfrentaron a Zeus y los cíclopes. Las peleas entre hombres no solo son algo normal, sino motivo de gloria. Pompeyo y César, después de haber sido aliados en el primer triunvirato, compiten por el poder. Los gladiadores, en los juegos del circo romano, alcanzan el estatus de auténticas estrellas, como en el caso de Espartaco.

La cultura occidental está salpicada de referencias a la valentía de los hombres que se enfrentan entre ellos: a la epopeya y el cantar de gesta medieval se añaden los combates de caballeros en los torneos y, más adelante, los duelos, tanto con espadas como con pistolas.

Es como si el varón se sintiera realizado en la lucha. Como si el valor que demuestra dependiera de su forma de gestionar la rivalidad, que se vuelve, por tanto, un componente indisociable de su masculinidad y su poder. Y es sin duda en la guerra, esta manera colectiva de rivalidad, donde cumple mejor su destino.

En la actualidad, la rivalidad masculina adopta formas más metafóricas. Tiene lugar en el mundo laboral y adquiere el rostro del éxito social, con sus diversos indicadores: se compite por un cargo, por el escalón más alto del podio, por el primer puesto. Cuando observamos la lucha en el terreno de juego la entendemos como una manifestación viril que hay que cultivar. Como una pelea de gallos.

En cambio, en las mujeres, la rivalidad no tiene cabida. ¿No existe ningún modelo cultural de lucha en las mujeres? Hoy sabemos, gracias a los trabajos de historiadoras¹ y feministas,² que ha habido mujeres guerreras, caballeras en la Edad Media e incluso gladiadoras en la Antigüedad. Sin embargo, este pasado no solo no se ha transmitido, sino que se ha borrado con el paso de los siglos. Porque una mujer no está hecha para la lucha. Porque el «sexo débil» no necesita hacer una demostración de fuerza. Porque la competencia no forma parte de los llamados valores «femeninos». Porque una mujer no se siente realizada en la rivalidad, sino en la maternidad.

No solo se trata de que las mujeres nunca aprenden a competir, sino de que el orden patriarcal les prohíbe en cierto modo el sentimiento de rivalidad. Una mujer es cariñosa, colabora, es solidaria. De lo contrario, es

una bruja (versión Shakespeare) o una histérica (versión Freud). Volveremos sobre esta idea más adelante.

Como hemos visto, la rivalidad forma parte de la vida, es natural. ¿Por qué hay que reprimirla, entonces, y qué pasa si nos obligamos a acallarla? Ahí es donde está el problema, porque, cuando el deseo de ganar nace en las mujeres, su energía se convierte en agresividad y se vuelve contra la persona que queremos ver fracasar. Lo que se manifiesta frontalmente en los hombres, porque es normal y se valora, pasa a ser tangencial y perverso en las mujeres. ¿Cómo podemos vivir la rivalidad cuando no se nos permite? Una posible respuesta es la pasivo-agresividad, como veremos en el capítulo 2.

Analicemos de momento la envergadura de esta rivalidad entre las mujeres, pese a estar oculta.

LAS MUJERES, ¿MÁS DISCRIMINATORIAS TODAVÍA QUE LOS HOMBRES?

Un estudio de Gallup de 2009³ realizado en 2.059 adultos de Estados Unidos mostró una paradoja: aunque piensan que otras mujeres son buenas directivas, «las mujeres en activo no quieren, en realidad, trabajar para ellas». Cuanto más tiempo lleva una mujer trabajando, menos probable es que quiera una mujer como jefa. «El 35 % de las personas encuestadas han declarado que prefieren un jefe, frente al 23 % que prefieren una jefa.» «Los hombres, al igual que las mujeres, prefieren un jefe. [Sin embargo,] las mujeres son más propensas que los hombres a tener una preferencia, con mayores porcentajes que manifies-

tan preferencias por cada género de jefe», ha precisado el estudio. Cabe añadir que «el 63 % de las mujeres han mostrado su preferencia por un jefe frente a un 52 % de los hombres». Dicho de otro modo, según este sondeo, ¡las mujeres son más discriminatorias que los hombres!

Otros estudios confirman una cierta tendencia de las mujeres a la misoginia. En un artículo dedicado a las rivalidades en el lugar de trabajo,⁴ la periodista y escritora Olga Khazan escribía: «En 2011, Kim Elsesser, ponente en UCLA (Universidad de California en Los Ángeles), analizó las respuestas de más de 60.000 personas y descubrió que las mujeres, incluso cuando ocupaban puestos directivos, eran más propensas a querer un jefe en lugar de una jefa. Los participantes explicaron que las jefas eran “emocivas”, “malvadas” o “petardas”». En este estudio, los hombres también preferían los jefes, pero con un margen más reducido que las mujeres.

Khazan citaba otra investigación llevada a cabo con 142 secretarios judiciales, casi todos ellos mujeres: «Ninguna manifestó que prefería trabajar para una de las compañeras, y solo el 3 % indicó que les gustaba estar a las órdenes de una mujer. (Casi la mitad no tenía ninguna preferencia.) [...] En otro estudio, las mujeres que estaban a las órdenes de una jefa presentaban más síntomas de ansiedad, como alteraciones del sueño y dolores de cabeza, que quienes trabajaban para un hombre». Y Olga Khazan confirmaba que la tendencia se acentúa en las generaciones jóvenes.

La escritora y productora estadounidense Emily Gordon se pregunta, por su parte, por qué las mujeres compiten entre sí, se comparan, se menoscaban, se perjudican.⁵

Se considera algo excepcional, o al menos digno de mención, que famosas como Amy Schumer, Beyoncé y Taylor Swift reconozcan que otras mujeres tienen talento y que trabajan con ellas sin ser, la mayoría de las veces, malvadas. Eso las convierte en heroínas feministas. Ponerse en guardia con las demás mujeres es normal para muchas de nosotras, y es matador. Durante años, me he devanado los sesos intentando entender cómo las mujeres que eran mis aliadas más íntimas se habían convertido en mis enemigas más terribles. Escribo una columna de consejos y recibo un buen número de preguntas de mujeres que quieren saber cómo lidiar con su falta de confianza hacia las demás mujeres; por eso sé que no estoy sola.

ACABAR CON LA NEGACIÓN

«Me ayuda a reconciliarme con ser mujer el hecho de que no corro peligro de casarme con ninguna.» La frase de Lady Montagu que encabeza este capítulo podría ser una postura o responder a las ganas de soltar una ocurrencia. Y el hecho de que esta pulla de hace algunos siglos corra el riesgo de olvidarse es algo bueno, pero ¿qué nos hace pensar que esta postura resista el paso del tiempo? El daño está hecho y, pese a los avances feministas, las reivindicaciones de sororidad y los intentos de reconciliación y aceptación, observamos con pavor que aún nos queda mucho camino por recorrer. La mirada de la mujer sobre su propio sexo sigue estando distorsionada y tergiversada por siglos de dominio masculino, como veremos más adelante, y siempre condiciona nuestro modo

de contemplarnos unas a otras. ¿Por qué las mujeres solemos juzgar, comparar, criticar? ¿Por qué admirar a otra mujer hace que nos sintamos amenazadas?

Hablar de la rivalidad femenina es, como hemos visto, una especie de tabú. Como si al aceptar indagar en su alma revelara su oscuridad. Porque no podemos criticar este defecto en otras mujeres sin haberlo experimentado nosotras. Y nos sentimos culpables al competir con una madre, una amiga, una hermana, otra mujer. Nos defendemos, lo negamos, lo sabemos; sentir envidia o celos no está bien y hablar de ello, aún menos. Fingimos que nos compadecemos o nos alegramos y sacamos a relucir nuestra sonrisa más falsa mientras ponemos mala cara por dentro. Actuamos así porque hemos aprendido a ser buenas chicas y no queremos parecernos ni lo más mínimo a las hermanastras de Cenicienta. Nos hemos criado con el feminismo y debemos ser «hermanas», y nos creemos que de verdad somos únicas porque formamos parte de una pandilla de chicas cuyos miembros se quieren como hermanas y se apoyan. No se hable más.

¿HAY MUJERES MISÓGINAS?

¿Las mujeres pueden ser misóginas? «Sabemos que es posible desde que leímos con estupor, el 9 de enero de 2018, en *Le Monde*, que cien mujeres salieron en defensa de los acosadores incriminados por el movimiento #MeToo»,⁶ escribe la historiadora Éliane Viennot⁷ en referencia a dicho artículo de opinión, que versaba sobre la libertad de molestar. Una de las signatarias, Peggy

Sastre, afirmaba estar «atónita porque las mismas que se congratulan de la libertad de expresión ¡piden que nos callemos!».

El tema tiene su miga. Aún nos cuesta aceptar que las mujeres critiquen a otras mujeres, que no estemos todas siempre de parte de las mujeres. Y, sin embargo, ¿cuántas historias hablan del mal comportamiento de las mujeres entre ellas?

Tatiana Salomon, presidenta del movimiento *Jamais Sans Elles* (Nunca Sin Ellas), se atreve a soltar una bomba:

Seguramente me criticarán por esto, pero creo que ha llegado el momento de atreverse a decir que en realidad hay tantas mujeres misóginas como hombres misóginos. Es un tema real, por lo que hay que empezar a hablar de ello, aunque duela. Las relaciones en la sociedad son, ante todo, relaciones de poder, y cualquier relación de poder acaba de manera inexorable por convertirse en una relación conflictiva. Pero en lo concerniente a esos foros sumamente violentos a los que se refiere, mi sensación es que nadie escucha a nadie. Es probable que cada una de las posturas contribuya al debate, pero no se trata de un diálogo; es una simple yuxtaposición de monólogos tan absurdos como inútiles. No obstante, es fundamental escucharse.⁸

Es típico de los tiempos que corren que nos cueste debatir, vivimos en la cultura de la confrontación y de la interacción mediática o, como dicen en inglés, del *clash*

y del *buzz*, términos que enmascaran nuestra dificultad para abandonar un pensamiento binario y expresar la diferencia, como si todo fuera blanco o negro, bueno o malo, a favor o en contra.

La francobritánica Camille Charrière, bloguera, periodista de moda, *influencer* y *podcaster*,⁹ es una joven de su tiempo, guapa, libre, divertida y poco preocupada por las convenciones. En diciembre de 2021 se casó con un vestido de encaje transparente y con un tanga a la vista. Las mujeres comentaron sus fotos de la boda y se produjo una oleada de odio: «¡Eres una vergüenza para tu familia!»; «Se parece más a una prostituta que a una escritora»; «La pornografía ha irrumpido en la cultura dominante; esto no es más que un ejemplo de ello»; «Increíblemente vulgar... Y al matrimonio le doy dos años como mucho».

Lo que esta reacción aplastante acerca de mi vestido de novia indica —escribe Camille Charrière—¹⁰ es hasta qué punto la misoginia interiorizada está aún extendida. [...] Está causada por ideas abstractas profundamente arraigadas sobre el modo en que las mujeres deberían vestirse y comportarse, normas creadas por una sociedad patriarcal. [...] El problema con el sexismo es que no podemos ganar. ¿Demasiado tapada? Sosa. ¿Demasiado destapada? Gofa. [...] Lo que me preocupa es la facilidad con la que propagamos el odio y adónde puede conducir esto. Los alegatos de defensa de esta rabia son siempre los mismos: «Tan solo hago uso de mi libertad de expresión» y «Tú te expones a la mirada del público». No nos engañemos: no se trata de un problema limitado a la moda. Se hace visi-

ble cada vez que criticamos a una mujer por ser «demasiado emotiva» o «demasiado sensible», cuando minamos la valía intelectual de la literatura femenina o cuando nos preguntamos por qué una mujer no ha denunciado antes una agresión sexual. La misoginia interiorizada actúa cuando nosotras, como mujeres, respaldamos un comportamiento masculino que no deberíamos respaldar. [...] El principio de la sabiduría consiste en llamar a las cosas por su nombre; la misoginia no es una opinión.

¿Cómo podemos explicar que se muestren sentimientos de desprecio hacia el propio sexo y se preconicen comportamientos de pasividad, servilismo y abnegación? Parece una caricatura del patriarcado, pero esta misoginia está muy presente y no da señales de estancamiento.

¿Puede ser fruto de un miedo existencial ante el vértigo de la autodeterminación y la autonomía debido a una educación debilitante que relega las decisiones cruciales a los hombres? ¿O puede tratarse de un sentimiento de vergüenza ancestral, oculto en nuestro interior, y que hace que nos odiamos? En resumen, ¿la misoginia interiorizada es resultado del patriarcado?

La escritora estadounidense Susan Shapiro Barash, experta en género,¹¹ llevó a cabo una investigación con 500 mujeres de todas las edades, orígenes y clases sociales; más del 90 % de las mujeres reconocieron que la envidia y los celos hacia otras mujeres formaban parte de su vida. En su estudio, Barash distingue entre competencia y rivalidad:

En la competencia, somos conscientes de nuestra valía, y medimos nuestras capacidades y habilidades con las de otra persona, hombre o mujer. La rivalidad se basa no solo en la fuerza, sino en el miedo de ser suplantadas por otra mujer, ya sea en la esfera profesional o sentimental. Es ambigua y más traicionera, ya que es inconsciente. Todavía se educa a las mujeres para que sean dóciles, prioricen las relaciones afectivas y no reconozcan su afición por el poder. Están atrapadas entre su reticencia a mostrar su ambición y su frustración por no triunfar como les gustaría.¹²

Entre los jóvenes en Estados Unidos se observa la aparición de sesgos misóginos y sexistas en las chicas. Bella Eckburg, estudiante de Periodismo en la Universidad de Colorado, condena las tendencias de TikTok que, en su opinión, promueven el sexismo y la misoginia interiorizada.¹³ ¿Su constatación? Cada vez hay más chicas que no se solidarizan con sus compañeras y que consideran la femineidad demasiado ñoña, demasiado trivial y demasiado artificiosa.

Estoy segura de que habrás oído la frase «Yo no soy como las demás chicas». Se ha vuelto un *meme* popular para referirse a las jóvenes que se apartan de los estereotipos femeninos porque no encajan en el molde. [...] Pero ¿qué hay de malo en ser como las demás chicas? [...] Respuesta: ¡misoginia! [...] No ser «como las demás chicas» es una forma encubierta de expresar la misoginia interiorizada. Es algo en lo que muchas personas no dudan en participar. La misoginia interiorizada precisa una reflexión personal activa para poder abordarse.

Tipología de la misoginia femenina

Berit Brogaard, profesora y directora del Laboratorio Brogaard para la Investigación Multisensorial de la Universidad de Miami, señala que a menudo las mujeres no son conscientes de su odio inexplicable hacia otras mujeres.¹⁴ Ha elaborado una clasificación que distingue cuatro tipos de comportamientos:

- **La puritana**, cuya versión del ideal femenino es «un ama de casa servil, sustentadora, amable, que sea ecuánime y muestre siempre buena disposición, tenga buen aspecto y se mantenga pura hasta el matrimonio». Según Brogaard, integra los ideales femeninos de su marido misógino o de sus allegados. Es una paloma blanca que encarna la sumisión.
- **La misógina autocrítica**. Para ella es importante seguir siendo femenina, es decir, no intentar, bajo ningún concepto, adoptar una actitud o una forma de vestir que podría considerarse «masculina». Debe ser amable y complaciente. Brogaard la describe como «despectiva ante mujeres que no son muy femeninas, ya sea porque eligen no serlo, ya sea porque no son muy dadas a actuar de forma tradicional. No le gustan las mujeres que destacan, que son demasiado masculinas, que están demasiado furiosas y que son demasiado competitivas». En definitiva, los hombres deben ser machos alfa y cada uno debe permanecer en su sitio dentro del patrón dominante-dominada.

- **La misógina que se detesta.** Representa una forma de odio a sí misma. «Ha adoptado una actitud de desprecio general hacia todas las que forman parte del género repugnante en el que se incluye. Ve a las mujeres, entre las que se encuentra ella, como personas de poca moral, manipuladoras, deshonestas, irracionales, ineptas y desprovistas de inteligencia... Tiende a no darse cuenta de su autodesprecio, pero no deja de despreciar a las demás mujeres.» Este tipo de misoginia demoniza a la mujer y la asocia a una perversidad moral.
- **La misógina diabólica.** Es de esa clase de mujeres que no dudará en ponerte la zancadilla si tienes la desgracia de cruzarte en su camino. Compite sin escrúpulos. «La misógina diabólica se considera superior a las demás mujeres y se sitúa al mismo nivel o incluso por encima de los machos alfa. Según ella, las otras mujeres son manipuladoras, deshonestas, irracionales, ineptas y poco inteligentes, algo de lo que ella está exenta. Puede poseer algunas virtudes femeninas estereotipadas, como la belleza y la delgadez. Sin embargo, se ve a sí misma como alguien que utiliza las virtudes estereotípicamente masculinas, como la inteligencia, la fortaleza de carácter y la racionalidad [...]. Compite constantemente con las demás mujeres y prefiere impedir que una mujer escale en su carrera profesional antes que ayudarla.»

JUEGO, SET Y ENFRENTAMIENTO

Si existe un terreno donde uno esperaría que no hubiera rivalidad ni mezquindad es el deporte. Disciplina competitiva por excelencia, el deporte tiene reglas establecidas, se debe aprender a jugar limpio, tener el deseo de superarse y las ganas de triunfar, de ganar, respetando a los adversarios en todo momento. Sin embargo, en los campos de fútbol vemos con frecuencia a hombres que llegan a las manos por un error de arbitraje. Y las mujeres tampoco se quedan atrás. En el Masters de Roma de 2011, en el punto de set se oyó a Victoria Azarenka dedicarle a su rival Maria Sharapova un «*Fucking bitch!*». Más tarde lo negó y aseguró que el insulto iba dirigido a ella misma.

Las rivalidades entre mujeres son más tensas —reconoce Amélie Mauresmo—. Los hombres son más legales. Si hay un problema, intentarán arreglarlo enseguida, con un apretón de manos en los vestuarios, con una buena charla, y pasarán a otra cosa. En las mujeres, el malentendido puede durar años y es muy típico ver a dos mujeres que se dan la mano mientras hacen de tripas corazón.¹⁵

A veces, la competición en el terreno de juego continúa en el terreno personal. Identificamos a la mujer deportista con sus títulos y su juego, y eso forma un todo. Es difícil, por tanto, no juzgarla en su integridad. Lo que es más tendencioso es rivalizar «por representación». Este fenómeno ocurre con el deportista hombre, que se concibe como un conjunto de cosas y que,

aunque juegue limpio en el campo, verá cómo su esposa compite con las parejas de otros deportistas. En el Reino Unido, las *wags* hacen las delicias de la prensa sensacionalista. *Wag* viene de *wives and girlfriends*, «mujeres y novias»... de deportistas hombres. Si bien algunas *wags* dan muestras de complicidad, otras no dudan en ponerse la zancadilla. Conocen al dedillo los logros deportivos de sus maridos y les encanta destacarlos... y se pelean, a veces literalmente, con otras *wags*. Coleen Rooney demandó por difamación a su rival Rebekah Vardy por haber filtrado a la prensa (*The Sun*) historias falsas sobre su vida privada. Sus maridos, los futbolistas Wayne Rooney y Jamie Vardy, que jugaban juntos en la selección inglesa y eran amigos íntimos, se vieron obligados a apoyar a sus respectivas esposas en el juzgado. A Vardy se la conoce como «Wagatha Christie» por haber investigado con minuciosidad la vida de su rival. Un asunto que no va a ayudar a la causa femenina.

LA RIVALIDAD EN LA PANTALLA Y MÁS ALLÁ

La rivalidad femenina está por todas partes; tan solo hay que ver series o ir al cine. «Joan se ha acostado con todos los tíos de la MGM, excepto con Lassie.»¹⁶ Esta respuesta envenenada de la actriz estadounidense Bette Davis tenía que ver con otra estrella de Hollywood, Joan Crawford. En 1933, Bette Davis estaba a punto de ser famosa gracias al estreno de la película *Ex-Lady*, de Robert Florey. Fue el momento elegido por Joan Crawford para divorciarse... y ¡robarle el protagonismo! Peor aún,

Crawford recibió un Óscar en 1945 por su papel en *Alma en suplicio*, de Michael Curtiz, papel que Bette Davis había rechazado. En 1962, las dos actrices compartieron cartel en *¿Qué fue de Baby Jane?*, de Robert Aldrich. El rodaje fue una sucesión de golpes bajos y golpes reales... resulta que Joan Crawford atizó a su enemiga en la cabeza, supuestamente por accidente. La rivalidad entre ambas actrices hizo las delicias de los periódicos de la época. Pero ¿han quedado de verdad atrás esos tiempos?

Aunque en la pantalla la bonita amistad de cuatro mujeres en *Sexo en Nueva York* es un placer para la vista, la rivalidad entre dos de las actrices por un asunto de caché y poder empañó la promoción de la serie y de la película. Kim Cattrall (que interpreta a Samantha) se ofendió por el aumento de sueldo de Sarah Jessica Parker (que interpreta a Carrie Bradshaw, la protagonista) y por su cargo como productora ejecutiva. Claro está que sin Bradshaw no había espectáculo. Así pues, las compañeras de Kim Cattrall le hicieron el vacío y se quedó sola en varias ceremonias, como la de los Emmy, e incluso durante el rodaje de la película. En el *reboot* de *Sexo en Nueva York*, no hay ni rastro de ella...

La rivalidad se manifiesta hasta en la maternidad. En la serie *Big Little Lies* (2017, adaptación de la novela de Liane Moriarty), Renata Klein, interpretada por Laura Dern, es una mujer de negocios muy poderosa, guapa, que se siente realizada y que es madre de una niña. Las madres del colegio la odian porque alardea de su éxito y no participa en la vida escolar. Hay, por tanto, rivalidad entre las que trabajan y las que se dedican en exclusiva a sus hijos. Entre quienes son «buenas» madres y las

demás. La maternidad es un terreno abonado para la competencia.

La educación se convierte en un problema, y las madres cuyos hijos van bien se regocijan de que los hijos de las demás fracasen; es una especie de rivalidad a través de terceras personas. Así lo muestra el testimonio de Ella, 39 años.

Tessa y yo nos hicimos amigas hace doce años; nuestros hijos iban a la misma clase en el parvulario. Enseguida empezamos a vernos fuera del colegio y a cenar juntas, con nuestras respectivas parejas. Teníamos una buena relación. Hasta que nuestros hijos fueron al instituto. El hijo de Tessa siempre ha sacado peores notas que el mío, pero esa no era la cuestión. En primero de ESO, empezamos a distanciarnos y el vínculo de amistad entre Tessa y yo se fue debilitando. Al principio no entendía cuál era el origen del problema y, cuando mi hijo planteó su hipótesis, me pareció absurda. Tessa me evitaba y se negaba a quedar conmigo en la cafetería por la mañana, que era nuestro ritual. Al final, después de una reunión de padres con los profesores, la pillé por banda para saber qué pasaba. Su respuesta fue clara: «¡No puedes entender por lo que estoy pasando, con tu hijo perfecto, encantador y el primero de la clase! Prefiero distanciarme un poco». Le dije que eso era ridículo, pero se puso hecha una fiera. Nuestros hijos siguen siendo amigos, pero nosotras ya no.

El cine está repleto de estas rivalidades. Por conseguir un estatus social, un trabajo o por la cara bonita de un hombre. Pero lo que más acentúa la rivalidad entre mujeres, y que puede enredarlo todo, es la belleza.

LA BELLEZA, TERRENO ABONADO PARA LA RIVALIDAD

Los poetas, mirando mis grandes actitudes,
que yo doy a los más hermosos monumentos,
dedican los estudios de sus mejores días.¹⁷

Mientras que en los hombres la rivalidad gira en torno a la posesión, en las mujeres, como veremos más adelante, suele tener su origen en lo siguiente:

- la falta de autoestima,
- la falta de confianza en nosotras mismas,
- los complejos,
- el rechazo a nuestro cuerpo,
- la fragilidad de nuestra imagen (ya sea personal o profesional).

Anais, 40 años, es editora de una revista femenina.

«Un día, mi asistente me comentó que, durante una sesión de fotos, había estado muy borde con la modelo, algo que por supuesto me negué a escuchar. Al darle vueltas al asunto, me di cuenta de que tenía razón. Elijo las modelos, hago todo lo posible por no dejar traslucir mi admiración por su belleza, intento ser amable, pero cuanto más simpáticas y guapas las encuentro, más merma la confianza que tengo en mí misma y más me corroen los celos. Es absurdo: tengo un marido que me quiere y un trabajo que me llena, pero no puedo evitar envidiarlas. Su belleza hace que me vea como el patito feo. Desde este episodio, siempre les muestro mi mejor sonrisa, pero en el fondo finjo.»